

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alfarrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

LO QUE VI Y OÍ EN LA DECENA TRÁGICA

ERNESTO ZERTUCHE *

Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

ACERCA DEL PROTAGONISTA del drama a que voy a referirme, don Francisco Ignacio Madero, se ha especulado de muy diversos modos, según las corrientes de pensamiento, las fuentes de información o los impulsos de las pasiones. Alfonso Taracena, su biógrafo, concreta los cargos que más comúnmente formulan desde hace más de cincuenta años los enemigos del señor Madero —indocumentados contrarrevolucionarios vergonzantes, los llama—. Y con razonamientos de contundente lógica y testimonios insospechables, refuta uno a uno esos cargos: así, al de haber licenciado imprudentemente el ejército revolucionario que lo llevó al triunfo, para apoyar su gobierno en el fosilizado ejército porfirista, resentido a esas horas de la humillación de su propia derrota; demuestra Taracena que no fue error de Madero sino maniobra de largo alcance —bomba de tiempo, diríamos—, que contra su expresa voluntad prepararon sus enemigos emboscados en el gobierno provisional del señor De la Barra. Al cargo de que su Plan de San Luis y su programa de gobierno eran tan sólo de carácter político, sin contenido social, contesta que desde el discurso del Tívoli aceptando su postulación, dijo Madero que el problema agrario sería resuelto, pero con el arado, no con la carabina como quería Zapata; y siendo ya Presidente, en discurso memorable ofreció: democracia, leyes agrarias adecuadas y un buen sistema educativo. Al de haber ignorado a la clase obrera, responde Taracena que pocos días antes de la Decena Trágica les dijo el Presidente: "Todo lo que los obreros me pidan, si está dentro de la ley, les será dado". Finalmente, se dijo entonces con eufemismo hipócrita, que el señor Madero no se distinguió por su talento e ilustración.

* Relato del cadete del H. Colegio de Chapultepec en 1913, hoy coronel veterano.

Pudo sin embargo escribir —apremiado por los acontecimientos políticos— un libro, *La Sucesión Presidencial*, que sacudió al país como declaración promisoría de una aurora de libertad y de justicia. Y de su cultura habla bien claro el haber obtenido para su biblioteca privada, antes de su aventura política, obras de Tácito, de Salustio, de Tertuliano y de Plinio el Joven. Sabido es, además, que gran parte de su juventud transcurrió en las aulas de Norteamérica y de Europa. Por todo esto, el general Francisco Mújica, ideólogo de la Revolución, pudo decir ante la tumba de Madero, que aquel mártir incomprendido “pensó como los grandes pensadores de la Reforma”. Por su parte el filósofo Vasconcelos lo llamó genial.

Éste era, señoras y señores, Madero el político y el intelectual. Pero había en él algo más valioso todavía, el hombre: el rico hacendado que se aplica a la ciencia médica, sólo para curar personalmente al peón enfermo; que renuncia a la vida confortable que disfrutó desde la cuna, para lanzarse a la aventura quijotesca a que lo llamaba su vocación de apóstol; el Presidente de la República que responde con el indulto a la sentencia de muerte que pesa sobre sus enemigos gratuitos, Félix Díaz y Bernardo Reyes, los mismos que habrían de corresponderle con la traición y el crimen.

Ruego a ustedes disculpar si en lo que sigue he de hablar en primera persona. Después de todo, he sido honrado con el encargo de referir estas cosas precisamente para decir lo que vi y oí.

El Heroico Colegio Militar, “perla y diamante del Ejército Mexicano”, símbolo de la lealtad y del honor militar en la época a que voy a referirme, ocupaba el edificio que en lo alto del Cerro del Chapulín hay ahora un museo histórico. Y por su cercana vecindad con el Castillo que fue Alcázar de los emperadores aztecas, residencia después de los príncipes de Miramar y más tarde del primer magistrado en turno, era también el Colegio, obligado custodio del Castillo y de sus distinguidos ocupantes.

Tuve el honor de pertenecer a la generación —“antigüedad”, decíamos entonces— de 1910 de aquel plantel. Antigüedad que fue apellidada de los “Cadetes del Centenario” porque coincidió con el centenario de la independencia de México. En el Alcázar, vecino nuestro, residía entonces el viejo caudillo don Porfirio Díaz, cargado de años y de gloria. Las fiestas

fueron suntuosas e internacionalmente compartidas. Eran la apoteosis de aquel régimen caduco de gobierno dictatorial, y el último de la paz octaviana de treinta años.

Conocí al señor Madero el 7 de junio de 1911, en que hizo su entrada a la capital de la República como jefe de la Revolución triunfante. Los alumnos del Colegio Militar formábamos valla para proteger el cortejo, de la acometida impetuosa del pueblo ansioso de conocer y estrechar la mano del héroe. Éste, de pie en una carretela abierta, saludaba sonriendo con su sombrero de copa, a un lado y a otro a la multitud delirante, llevando muy cerca, montado y en traje de campaña, la compañía impasible, como máscara de bronce, de Pascual Orozco. Todo era júbilo, simpatía y entusiasmo. Fue aquélla la manifestación popular más espontánea y desbordante que nunca antes ni después se vio en México. Pero en la sombra hervían despechos y rencores. Y como sucedió que el mismo día se registró un pequeño temblor de tierra en la capital, al día siguiente apareció un pasquín con la caricatura de Madero en actitud ridículamente olímpica diciéndole: “¡No tiembles tierra, no te hago nada!”.

Días después hizo una visita de cortesía a nuestro histórico plantel, acompañado de sus oficiales Eduardo Hay (ingeniero que después fue secretario de Relaciones), los italianos José Garibaldi y Viljoen, y dos o tres más. Nos hallábamos formados en el amplio patio del Colegio, y pidió al director mandar romper filas porque deseaba dirigir unas palabras a los alumnos, no al colegio como institución. Nos agrupamos en rededor suyo y con voz suave, con palabra sencilla y fácil, hizo una breve exposición de las causas que motivaron su movimiento armado.

Pensaría en buena lógica que siendo nosotros estudiantes militares, éramos parte del ejército que él combatió y venció; y quiso tal vez sincerarse. Nos dejó una impresión de simpatía por su llaneza y modestia, no sin que dejáramos de extrañar en él cierta ingenuidad que lo llevó a afirmar que no tenía enemigos. ¡No tenía enemigos y era el jefe de una revolución que barría con todo un sistema de vida placentera de treinta años! Pero pronto comprendimos que no era propiamente ingenuidad aquello, sino expresión de su innata incapacidad para abrigar sentimientos de enemistad por persona alguna.

El 6 de noviembre de 1911 protestó como Presidente de la República, y algo después fue con su familia a residir en el Castillo histórico de Chapultepec. Varias veces tuvo la gentileza de invitarnos por conducto de nuestro director, a sus recepciones informales, y siempre se daba tiempo para

conversar un poco con cada uno de sus cadetes invitados. Tuve la suerte de asistir a dos de esos convivios en compañía de algunos otros compañeros representantes del alumnado, y guardo un amable recuerdo de la paz hogareña que allí se respiraba.

Casi todos los días, a temprana hora, veíamos llegar al patio del Castillo a través de nuestro patio, al encargado de atender la caballeriza presidencial conduciendo la fina jaca en que el señor Presidente hacía su paseo matutino por las callejuelas del bosque, acompañado de uno o dos de sus ayudantes. Era el señor Madero de piernas cortas, puesto de pie era francamente chaparro; pero sentado sobre el albardón, el cuerpo erguido, lucía un jinete intachable. El general Felipe Ángeles, nuestro director, quien siempre demostró devoción por el señor Madero, solía acompañarlo y hubo vez que su paseo se alargó hasta Naucalpan (entonces villorio insignificante y hoy ciudad populosa del Estado de México), para presenciar las prácticas de tiro que con piezas de artillería efectuábamos allá los alumnos del tercer año.

Todo iba bien en casa, pero había agitación en varios lugares del país: los Cedillo y Carrera Torres en San Luis Potosí, Zapata en Morelos, Félix Díaz en Veracruz, Orozco en Chihuahua, y Bernardo Reyes en Nuevo León turbaban, unos después de otros la paz, e imposibilitaban el desarrollo del programa del gobierno. Para combatir la insubordinación de Orozco envió el Presidente a su secretario de Guerra, general José González Salas; pero éste sufrió un descalabro y se suicidó. En esa empresa frustrada murió también un nuevoleonés valioso, el coronel de estado mayor especial, Nicolás Martínez de brillante carrera en Chapultepec, y con estudios superiores en Europa. "La leona", lo apellidaban por su rigidez al aplicar a su persona y a las demás, las disciplinas de la ordenanza militar. Era hijo del general don Pedro Martínez de cuya vida y hazañas se nos habló largamente no hace mucho, en la Casa de la Cultura. Tanto González Salas como Nicolás Martínez, jefe de su estado mayor, eran como se ve, competentes soldados de carrera; pero sabido es que el éxito o el fracaso final de una acción de guerra no depende esencialmente de la mayor o menor aptitud del general en jefe; sino también de una variada gama de circunstancias imprevistas, a veces insuperables. Todos, hasta el mismo Bonaparte tuvieron su Waterloo. Lo cierto es que el pundonoroso González Salas se sintió deshonrado, y antes que arrostrar la vergüenza de confesarse burlado por una turba ignara, optó por volarse los sesos. Su segundo, Nicolás Martínez, no menos pundonoroso que su jefe, se hizo matar ostensiblemente durante uno de los últimos tiroteos.

Fue entonces designado para sustituirlo el general Victoriano Huerta —y

es aquí donde asoma a la escena el "villano" de la película, el Judas de nuestro drama—. Huerta reforzó la columna de Salas con superabundante artillería bajo la dirección de Guillermo Rubio Navarrete, especialista recién llegado de Europa, y cañoneó intensamente a los orozquistas hasta desmoralizarlos; de modo que el subsiguiente avance de la columna fue arrollador.

La operación tuvo éxito y el orozquismo desapareció; pero en el ámbito capitalino fermentaban los odios en el medio político que había perdido su privanza, en los militares formados y envejecidos al cobijo de la Dictadura; en la rancia aristocracia del "Círculo de Amigos de don Porfirio" que se jactaban de "ir con él hasta la ignominia", camarilla mal llamada "científica" que había prácticamente arrebatado las riendas del gobierno, de las manos decrepitas del anciano dictador.

La inusitada libertad de prensa que otorgó el nuevo gobierno era ya libertinaje que se nutría con la diatriba, la caricatura sangrientamente burlesca y las "bonilladas" con que ridiculizaban al Presidente, a sus familiares y colaboradores. De las elecciones libres, realmente democráticas efectuadas entonces por primera y última vez, había surgido dentro de la Cámara de Diputados un grupo de antiguos reeleccionistas resentidos, oradores brillantes que aprovechaban su fuero para desprestigiar con impunidad y elegante ironía, los actos del gobierno. Todo se confabulaba para crear una atmósfera política irrespirable y estallante. En las calles, en las cantinas, en lugares públicos y centros sociales, en todas partes se presentía y se hablaba de un próximo levantamiento armado. Los diputados del grupo "Renovador", adictos al régimen, plantearon con crudeza ante el señor Madero la grave crisis que enfrentaba su gobierno y la urgencia de medidas enérgicas; pero él no había derrocado una dictadura para establecer otra. Y nada se hizo.

Así llegó la noche del 9 de febrero de 1913. Desde las seis de la mañana del día anterior había yo entrado al servicio de guardia como cabo del segundo cuarto, es decir, con obligación de vigilar los puntos regularmente protegidos con centinelas, desde el primer minuto de aquel día hasta las seis horas del siguiente, hora de relevo del personal de guardia. Desde la madrugada del nuevo día empezamos a oír por el rumbo de Tacubaya intermitentes estallidos que parecían disparos de arma de fuego y que por la distancia no podíamos identificar, ni precisar el punto de origen. El comandante de la guardia, teniente-alumno Carlos Villegas, trató de salir de dudas telefoneando insistentemente no sé adónde, pero nunca obtuvo explicación, o no quiso comunicárnosla. Los estallidos iban aumentando y

propagándose, por lo que me apresuré a recorrer los puestos de los centinelas para mantenerlos alertas.

Uno de esos puestos, el de mayor responsabilidad, era el amplio claro (sin puerta) que comunicaba nuestro patio con el de la residencia presidencial. En el momento en que llegaba yo a aquel punto oímos que alguien nos hablaba desde lo alto del corredor del Castillo. Era el Presidente Madero, envuelto su cuerpo en una bata de casa, preguntándonos qué era aquello, si eran cohetes de fiesta religiosa o qué. —“No sabemos, señor, le contesté, hace más de dos horas que estamos oyendo eso, sin que hayamos podido aclarar de qué se trata.” El sargento-alumno de la guardia, Jesús Toledo, se dio cuenta entonces de que el Presidente conversaba en alta voz conmigo (los centinelas no hablan más que con sus jefes inmediatos), se acercó a intervenir en el diálogo sin aportar novedad alguna. Breves instantes duraron aquellas conjeturas, pues a poco irrumpieron presurosos en el corredor varios señores, y se acercaron al señor Madero comunicándole algo importante que no pudimos oír. Habían subido a la residencia presidencial por el elevador del Castillo, y se retiraron todos hacia las habitaciones. A las cuatro de esa madrugada se tocó “levante” en el Colegio, se ordenó en seguida tomar las armas y se repartió parque. Momentos después estaban ya las compañías formadas y armadas en el patio principal. Se mandó formar pabellones, se pasó lista y desfilaron los alumnos a tomar ligero desayuno.

Entre tanto habían estado llegando elementos de la Policía Montada y de a pie con su inspector general a la cabeza, el mayor López Figueroa, miembros del estado mayor y de la escolta presidencial y oficiales francos de la guarnición de la plaza. Todos permanecían en espera de órdenes. La guardia de la que yo formaba parte permanecía formada en la puerta de entrada del Colegio. Momentos después apareció, ya sobre fina cabalgadura, el señor Madero, y los alumnos empuñaron sus armas; pero antes de que se formaran las compañías se dirigió en voz alta a los alumnos, informándoles que horas antes había sido asaltado el Palacio Nacional por un grupo de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan, engañados por malos oficiales; pero a la hora presente habían sido ya desarmados y encerrados por el general Lauro Villar, comandante de la plaza de México.

“Voy a ocupar mi puesto en Palacio”, dijo, y añadió en estos o parecidos términos: —“Quiero invitar a ustedes, jóvenes alumnos, para que me acompañen. No es una orden, irán los que buenamente quieran. Sé que no correrán peligro sino, antes bien, que haremos todos juntos una marcha triunfal; de otro modo no los invitaría”. Y partió seguido por la mayoría del alumnado, de los oficiales en servicio —inclusive el comandante y el sargento

de guardia— y de todos aquellos que lo habían estado esperando. Los cabos y los alumnos que integrábamos el personal de guardia desde el día anterior, permanecimos de pie junto con las armas terciadas protegiendo la entrada de nuestra escuela, sin que nadie se acordara de relevarnos.

Claro es que el espíritu de aventura de nuestra juventud nos impelía a volar al lado de nuestros compañeros; pero éramos soldados y el sentimiento del deber refrenó nuestros ímpetus. Después supimos que simultáneamente al asalto de los aspirantes a Palacio, algunos cuerpos del arma de artillería residentes en Tacubaya, movidos por los generales infidentes Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz y otros, se habían sublevado contra el gobierno y fueron allá mismo combatidos por tropas leales. Eso explicaba el origen de los tiroteos que el señor Madero supuso pirotecnia religiosa.

Del recuento que hicimos una vez que hubo desaparecido de nuestra vista en el recodo de la rampa la abigarrada columna, encontramos que habíamos quedado en el Colegio algo menos de la tercera parte del alumnado y unos pocos oficiales que fueron llegando, no más de cien en junto, incluidos los alumnos de nuevo ingreso (matriculados en enero) que aún no vestían uniforme. Con tan escaso personal había que cubrir la vigilancia de Colegio y Castillo, contra posibles acometidas de los sublevados. Y nos dimos a la tarea de adiestrar a los noveles en el manejo de las armas, a nombrar guardias y a establecer puestos avanzados en el bosque, comunicados éstos entre sí y con el cuerpo de guardia, mediante una red de teléfonos de campaña.

Algo más de tres días y sus noches (no podría precisarlo a estas horas) permanecimos en actitud de pronta defensa, alertas y con las armas a la bandolera, en tanto que nuestros compañeros se hallaban tendidos en línea de tiradores frente al Palacio Nacional, hasta que llegaron tropas leales a relevarlos.

Como se sabe, la marcha que el señor Madero suponía triunfal no lo fue mucho: al entrar la columna por el Paseo de la Reforma a la calle de San Francisco (hoy avenida Madero), fue balaceada desde las azoteas. Cayeron varios soldados y policías, sin que fuera posible contestar el fuego de un enemigo oculto en tan ventajosa posición. Entonces los oficiales y jefes que marchaban a los lados del Presidente, hicieron que desmontara y lo introdujeron en el estudio fotográfico Daguerre, en tanto que algunos subían al edificio en busca de los asaltantes. Fue entonces cuando se evidenció la simpatía y el respeto que todo mundo, aun los enemigos del gobierno, guardan siempre por el Colegio Militar: ninguno de los alumnos que pie a tierra

caminaban pocos metros delante y a los flancos del Presidente fueron tocados por las balas, en tanto que a su lado veían caer a soldados y policías.

Allí se presentaron ante el señor Madero el secretario de la Guerra, Ángel García Peña y nuestro ya conocido general Victoriano Huerta, a la sazón en disponibilidad. Por ellos supo el Presidente que momentos antes había sido amagado el Palacio por numerosas fuerzas rebeldes, encabezadas por los generales Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, Félix Díaz y Bernardo Reyes, estos dos últimos previamente excarcelados por los otros; que al llegar la fuerte columna frente al Palacio se topó con la inmovible hombría del comandante militar de la plaza, general Lauro Villar, y que a aquella hora se hallaba: prisionero el general Ruiz, muerto el general Reyes y huyendo los demás rumbo a la ciudadela... pero el general Villar estaba herido y debía ser retirado para su atención médica.

Se ha dicho con verdad, que la bala que en mala hora hirió al general Villar vino a ser responsable de la caída de un régimen, del sacrificio de dos mártires, de que el suelo de México se empapara en sangre hermana y que la nación ofreciera el espectáculo bochornoso de un gobierno de asesinos y traidores.

En efecto, la obligada ausencia del general Villar dejaba acéfala la jefatura de la guarnición de la plaza de México, puesto clave en aquellos momentos. Pero estaba allí presente y disponible, ya lo hemos dicho, el héroe que en Bachimba y en Rellano había aplastado la rebelión de Orozco. Allí estaba resumando lealtad por fuera y ambición desorbitada por dentro Victoriano Huerta, y fue designado aquel monstruo para sustituir al prototipo del honor y la hidalguía.

Llamé líneas arriba perla y diamante del ejército al Colegio Militar, virtudes innegables que todos le reconocen; pero las puse entre comillas repitiendo palabras de Victoriano Huerta: Uno de aquellos angustiosos días de la Decena Trágica se presentó en nuestra escuela acompañando al secretario de la Guerra, García Peña. Formadas las compañías ante su presencia, ostensiblemente borracho balbuceó una promesa solemne de lealtad, y elogió la disciplina que fue siempre religión en aquel "nido de aguiluchos", y acabó diciendo teatralmente: "ese sol que ustedes ven no es mi sol, mi sol —concluyó señalando con ademán respetuoso a su acompañante—, mi sol es el Ministro de la Guerra porque es mi superior". Y antes de que terminara aquella semana habría de derrocar al gobierno legítimo mediante la traición, y asesinar a los más altos mandatarios del país, oscureciendo de paso con sombras de tragedia el cielo político y moral de la nación.

LA SEGUNDA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN (Año lectivo 1945 - 1946)

TOMÁS MENDIRICHAGA CUEVA
Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

I

EL 1º DE SEPTIEMBRE DE 1945 tomó posesión como director de la Facultad de Medicina el doctor Dante Decanini, en sustitución del doctor Eduardo Aguirre Pequeño, a quien el Consejo Universitario concedió una beca ofrecida a la Universidad de Nuevo León por la Fundación Guggenheim, de Nueva York. Para ocupar el cargo de secretario de la Facultad fue designado el doctor Arnulfo Treviño Garza, quien sustituyó al doctor José Luis Salinas Rivero, que renunció.

Dos semanas después, como protesta contra el nombramiento del doctor Decanini, un grupo de catedráticos de la Facultad renunció a sus cargos "con carácter de irrevocable". Consideraban, en primer término, que la Facultad de Medicina, "en sus muchos años de funcionamiento, ha producido gentes que pueden ser tanto o más capaces y con mayor antigüedad y cariño para el desempeño de ese puesto". Añadían que las "actuaciones médico-políticas" del doctor Decanini "pudieran lesionar la disciplina y buena marcha de la Facultad". La institución requería un director "justo y sereno", que actuara como árbitro de los actos de alumnos y catedráticos "de una manera imparcial", sobre todo debido a que en el plantel "existen problemas sindicales e internos", que en caso de conflicto "creemos serían antepuestos a los intereses de la Facultad". Los ex catedráticos sospechaban que "la actuación política de la Dirección" podría dar margen a "titubeos en la buena marcha" del plantel. Por lo tanto, no queriendo hacerse cómplices de actos